



CIRIEC
españa

**CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social
y Cooperativa, nº 76, Diciembre 2012, pp. 181-196**

El decrecimiento sostenible, crisis ecológico-económica, desigualdad y economía social

Emèrit Bono

Universitat de València

CIRIEC-España, revista de economía pública, social y cooperativa
ISSN edición impresa: 0213-8093. ISSN edición online: 1989-6816.

© 2012 CIRIEC-España

www.ciriec.es

www.ciriec-revistaeconomia.es

El decrecimiento sostenible, crisis ecológico-económica, desigualdad y economía social

Emèrit Bono

Universitat de València

RESUMEN

Estamos viviendo una profunda crisis financiera y económica que pone en cuestión muchos aspectos del modelo económico al uso; al mismo tiempo, una crisis ecológica de amplio espectro consecuencia del choque de aquel modelo económico y los límites biofísicos del planeta, repercutiendo todo ello en las formas institucionales y de valores hasta ahora vigentes de dicho modelo. Énfasis especial haremos en el problema del decrecimiento sostenible, de la desigualdad y su repercusión sobre la insostenibilidad medioambiental, así como su incidencia sobre la crisis económica. Finalmente, algunas observaciones sobre el papel que puede desempeñar la economía social y solidaria en el momento presente.

PALABRAS CLAVE: Crisis económica y ecológica, decrecimiento sostenible, límites biofísicos, desigualdad, competencia por el estatus, bienes posicionales, economía social, bien común.

CLAVES ECONLIT: Q010, O440, P130.

Cómo citar este artículo: BONO, E. (2012): "El decrecimiento sostenible, crisis ecológico-económica, desigualdad y economía social", *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 76, 181-196.

La décroissance soutenable, la crise écologique - économique, l'inégalité et l'économie sociale

RESUME : Nous sommes en train de vivre une profonde crise financière et économique qui remet en question de nombreux aspects du modèle économique à l'usage. Il s'agit également d'une crise écologique de grande ampleur qui découle du choc de ce modèle économique et des limites biophysiques de la planète. Tout cela se répercute sur les formes institutionnelles et sur les valeurs que ce modèle laissait apparaître jusque-là. Nous porterons une attention tout particulière au problème de la décroissance soutenable et de l'inégalité ainsi qu'à sa répercussion sur l'insoutenabilité environnementale et son incidence sur la crise économique. Enfin, nous proposerons quelques observations sur le rôle que peut actuellement jouer l'économie sociale et solidaire.

MOTS CLÉ : Crise économique et écologique, décroissance soutenable, limites biophysiques, inégalité, compétition par le statut, biens positionnels, économie sociale, bien commun.

Sustainable degrowth, environmental and economic crisis, inequality and the social economy

ABSTRACT: We are living through a deep financial and economic crisis that is calling many aspects of the conventional economic model into question and, at the same time, through a wide-ranging environmental crisis as a result of the clash between that economic model and the biophysical limitations of our planet. All this has repercussions for the forms taken to date by the institutions and values of that model. This paper highlights the problem of sustainable degrowth, of inequality and its impact on environmental unsustainability, and its effect on the economic crisis, ending with a few remarks on the role that the social and solidarity economy can play at this time.

KEY WORDS: Economic and environmental crisis, sustainable degrowth, biophysical limits, inequality, competition for status, positional goods, social economy, common good.

1.- Introducción

Hoy estamos en una situación compleja y de amplio calado, como en los momentos de fin de época y tránsito a otra nueva. Se da de la mano una profunda crisis financiera y económica que cuestiona el modelo económico al uso; una crisis ecológica de amplio espectro consecuencia del choque de aquel modelo económico y los límites biofísicos del planeta, y una crisis de valores que, en palabras sintéticas de J. Sachs: “Bajo la crisis económica americana, subyace una crisis moral: la elite económica y política cada vez tiene menos espíritu cívico. De poco sirve tener una sociedad con leyes, elecciones y mercados si los ricos y poderosos no se comportan con respeto, honestidad y compasión hacia el resto de la sociedad y del mundo.” (Sachs, J., 2012).

Estas crisis y sus interacciones provocan diversas ramificaciones en el ámbito educativo (crisis educativa), en el ámbito de las instituciones representativas, en la inoperancia cada vez mayor en la aplicación de la ley,... (“tras más de 15 años ocupándome de la ley y su impacto social creo poder afirmar que se está tornando poco a poco en una herramienta testimonial e inútil.” Laporta, F.).

Skidelsky pone de manifiesto cómo esta crisis ha supuesto un profundo fracaso moral -entre otros- pues un sistema basado sobre una deuda desorbitada, en el corazón de la cual se encuentra la adoración del crecimiento económico como un fin en sí mismo, más que como un medio de alcanzar la buena vida, lo que comporta, a su vez, priorizar la eficiencia económica en nuestro pensamiento económico y en la política. Este grosero materialismo está en el substrato de la aceptación acrítica de la globalización y de la innovación financiera, y la santificación de toda política que conduzca a la riqueza como prioridad sobre cualquier inquietud humana (Skidelsky, R., 2009).

Como más adelante tendremos ocasión de analizar, esa santificación de cuanto más y más riqueza mejor tiene efectos perversos en el comportamiento de los productores y consumidores a través del efecto riqueza que genera. Por otro lado, este efecto riqueza, a su vez, consecuencia de las burbujas especulativas, hinca sus raíces en la enorme desigualdad que el capitalismo de los últimos treinta años ha creado.

Algunos piensan que ha llegado el momento de reformar el actual modelo de crecimiento, introduciendo mecanismos regulatorios del sistema financiero que permita su reducción y, consiguientemente, una mayor operatividad de la economía real. Esta es la reforma del sistema que aspiraban a llevar a cabo algunos dirigentes políticos (Obama y Sarkozy, entre otros). Para otros, una vez calmadas las fuerzas desencadenantes de la crisis, conviene volver al modelo convencional teniendo como soporte la hipótesis del mercado eficiente, o sea, la versión de que los mercados financieros no podían

equivocarse al fijar el precio de los activos. Esta línea es defendida, en general, por los grandes bancos. Por último, hay otra perspectiva de pensamiento que, inspirándose en la crisis ecológica que ya venimos padeciendo desde hace varios años (el planeta tierra ha sobrepasado con creces su capacidad de carga), plantea una salida de la actual crisis económica en clave de un modelo de desarrollo sostenible, o como dicen otros, de decrecimiento sostenible.

Pues bien, en este trabajo vamos a centrarnos en la crisis económica, medioambiental y de valores.

2.- Un planeta finito

Desde hace unos cuarenta años sabemos que una crisis ecológica originada por el choque de las sociedades industriales contra los límites biofísicos del planeta, ponía en cuestión el modelo de crecimiento en vigor. El primer Informe del Club de Roma del año 1972 (Los límites del Crecimiento) constituye el primer aviso de aquel proceso, seguido de otros informes, hasta culminar en el Informe del Club de Roma treinta años después (Meadows, *et al.*, 2006). En este último informe se habla de “translimitación”, entendiendo que “el sistema socioeconómico humano, tal como está estructurado actualmente, es imposible de ser gestionado, ha sobrepasado sus límites y está abocado al colapso” (Meadows *et al.*, 2006:375). La solución pasa por “desacelerar y finalmente parar el crecimiento exponencial de la población y del capital fijo...” lo cual implica un cambio institucional y filosófico y una innovación social. Exige definir niveles de población y producto industrial que sean deseables y sostenibles. Requiere definir objetivos en torno a la idea de desarrollo más que de crecimiento.” (Meadows *et al.* 2006:469).

En este intento de explicitar hasta dónde hemos llegado en la explotación de los recursos finitos del planeta Tierra, el informe de las Naciones Unidas elaborado por varios centenares de científicos de todo el mundo, *Evaluación de los Ecosistemas del Milenio* (Reid *et al.*, 2005), concluye, entre otras, que “de los servicios examinados por esta evaluación, aproximadamente el 60% se están degradando o se usan de manera no sostenible, con inclusión del agua dulce, la pesca de captura, la purificación del aire y del agua, la regulación del clima regional y local...” (Reid, W. *et al.*, punto tercero del borrador final).

El cambio climático acelerado es otra manifestación de la incidencia de la actividad humana sobre la atmósfera. La temperatura media del planeta ha aumentado 0,76° desde 1850 y parece haber sufrido una nueva aceleración en lo que llevamos del siglo XXI (OSE, 2011, Biodiversidad en España). Este ascenso de la temperatura ha tenido lugar paralelamente al incremento de gases de efecto invernamento.

dero, algunos que ya existían de forma natural (CO₂, CH₄, N₂O, vapor de agua) y otros con origen exclusivamente humano como los clorofluorometanos (CFC).

El Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), en su *Cuarto Informe de Evaluación*, publicado en 2007, alertaba de que sin acciones adicionales para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero se prevé que la temperatura media del aire en superficie a nivel global aumente entre 1,8° y 4° en este siglo, y hasta 6,4° en el peor de los escenarios posibles. Según los expertos, llegar a los 2° de aumento promedio respecto a la era preindustrial es el punto en el que podrían desencadenarse procesos de retroalimentación positiva imposibles de controlar.

Como dice R. Folch (2011), el calentamiento alimenta al calentamiento. La acumulación de estudios y evidencias científicas muestran un panorama cada vez más complejo a propósito del cambio climático. En efecto, cita dos estudios aparecidos en el año 2010 de gran interés. Por un lado, Daniel G. Boyce, Marlon R. Lewis y Boris Worm, biólogos y oceanógrafos, publicaron en la revista *Nature* sus investigaciones sobre plancton oceánico. A partir de documentación compilada desde 1899, establecieron que, desde décadas, la masa global de plancton marino disminuye en un 1% anual respecto de la masa del año anterior. En los océanos del hemisferio norte la biomasa planctónica ha experimentado un alarmante decrecimiento del 40% del año 1950 a esta parte. El plancton vegetal está constituido por algas microscópicas que viven en aguas superficiales y que atrapan el dióxido de carbono atmosférico, iniciando así el proceso de generación de materia orgánica que alimenta la vida oceánica. Sin plancton vegetal no habría peces y la vida prácticamente desaparecería del mar, aumentando la concentración de dióxido de carbono atmosférico porque desaparecería la absorción del consumo que ahora hacen los océanos.

Por otro lado, Steven Running y Maszhen Zhou, botánicos, dieron a conocer en un artículo de la revista *Science* sus estudios sobre la fijación de carbono por parte de la vegetación. A partir de los datos obtenidos por el sensor Modis, del satélite Terra de la Nasa, han constatado que, en la década 2000-2009 la productividad primaria de la vegetación del hemisferio sur ha sufrido una seria caída. Mengua la masa vegetal porque las plantas, por la disminución de las lluvias, no capturan tanto dióxido de carbono como antes y, de este modo, producen menos materia orgánica. En Indonesia, Nueva Guinea, África Suroriental y buena parte de América del Sur, las plantas fijan ahora hasta 20 gramos menos de carbono por metro cuadrado y año que una década atrás. O sea, 20 toneladas menos de carbono por km² y año.

Parece evidente que la masa global de la vegetación terrestre decrece a buen ritmo. Y ello muestra, como señala Folch, un círculo vicioso del tenor siguiente: “el dióxido de carbono excesivo aumenta el efecto invernadero y sobrecalienta el planeta, lo que frena la actividad de las plantas que capturarían el dióxido de carbono excesivo que aumenta el efecto invernadero y sobrecalienta el planeta. Corremos el riesgo de entrar en esta nefasta espiral deletérea” (Folch, R. 2011:49).

En este repaso sintético de algunos indicadores y cifras que nos indican el estado de los límites biofísicos del planeta haremos una última referencia al drama que puede venir de la mano del *peak oil* (cénit petrolero, final de la era del petróleo barato). Pero, como observa Riechmann (2012), un poco más adelante vendrán el “pico del gas natural” y el “pico del carbón” que, de hecho, hacemos frente a perspectivas de escasez y “picos” de un montón de materiales básicos para la configuración actual de la industria y la economía (Reichmann, J., 2012:172).

La Agencia Internacional de la Energía reconoció por primera vez en su último informe (World Energy outlook, 2010) que el petróleo superó su *peak oil* en 2006, cifrando su máximo flujo en unos 76 Mb/d (millones de bidones diarios) de media durante ese año. Sin entrar en ese debate sobre esta cuestión, creo suficiente la observación de un experto en la materia como Antonio Turiel (CSIC), quien observa que después de una rápida visión de los informes mensuales de la Agencia Internacional de Energía (Oil Market Report) nos muestran que, desde mayo de 2010, el mundo está consumiendo 1 Mb/d más de lo que produce, contando petróleo crudo y no convencional, déficit que se está supliendo con los *stocks* de la industria y, últimamente, con una aportación de las reservas estratégicas que los países guardan para casos de emergencia (Turiel, A., 2010:17). En definitiva, si no estamos en el “pico del petróleo” se está actuando como si lo estuviéramos.

Por otro lado, Antonio Valero, catedrático de Termodinámica de la Universidad de Zaragoza, partiendo de los mejores datos geológico-mineros de que se dispone (como los de la agencia estadounidense USGS, entre otros) y junto a un grupo de investigadores, han calculado los costes de reposición de los 51 principales minerales no energéticos a lo largo del siglo XX, así como su grado de agotamiento. La conclusión general es que sólo en un siglo las sociedades industriales han degradado un 26% de las reservas de minerales no energéticos. También han calculado que el pico de extracción de metales básicos como el hierro se alcanzará en 2068, de aluminio en 2057 y el de cobre en el 2024. Inquietante es saber que el pico de los sulfatos pueden hallarse dentro del decenio 2020-2030, cuando uno sabe del crucial papel que desempeñan estos minerales en la fabricación de fertilizantes fosfatados, imprescindibles dentro del alimentario actual. Como explicita Valero, es necesaria una limitación drástica en la extracción de minerales (Valero, Antonio y Valero, Alicia, 2011).

3.- ¿Decrecimiento sostenible? ¿nuevo modelo de la interacción naturaleza-economía?

La finitud del planeta Tierra y el crecimiento exponencial del modelo económico está provocando un deterioro, un sobrepasamiento de los límites biofísicos del planeta con la consiguiente afectación de los ecosistemas que posibilitan la vida. Esta situación endiablidamente complicada coincide con una crisis económica de largo alcance que ha generado en la mayoría de los países de la OCDE un

crecimiento casi nulo en más de dos trimestres seguidos durante el año 2008. Y la situación hoy sigue todavía más complicada si cabe en los países de la Zona Euro. Tanto que algunos periodistas ya han hablado de que el decrecimiento ya está aquí.

Sin embargo, Serge Latouche (uno de los teóricos más destacados del decrecimiento) precisa que el proyecto “de una sociedad del decrecimiento es radicalmente diferente del decrecimiento negativo que conocemos. El primero es comparable a una cura de austeridad emprendida voluntariamente para mejorar el bienestar cuando el hiperconsumo llega a amenazarnos de obesidad. El segundo es la dieta forzada que puede llevar a morir de hambruna. Lo hemos dicho muchas veces: no hay nada peor que una sociedad de crecimiento sin crecimiento” (Latouche, 2012:169).

De cualquier forma, la situación es difícil y dramática. Tim Jackson plantea estas cuestiones bajo la rúbrica del “dilema del crecimiento”, que lo define mediante dos proposiciones:

- El crecimiento es insostenible, al menos en su forma actual. El creciente consumo de recursos y el aumento de los costes ambientales se añaden a las disparidades enormes en el bienestar social.
- El decrecimiento es insostenible, al menos bajo las presentes condiciones. El descenso de la demanda de consumo conduce a un incremento del desempleo, una disminución de la competitividad y una espiral de recesión (Jackson, 2011:91).

Ciertamente, este dilema en la opinión del propio Jackson se asemeja al teorema de la prosperidad duradera y no puede ser eludido. Si así lo hiciéramos sería la principal amenaza a la sostenibilidad a la que nos enfrentamos.

Según Jackson (op. cit. pág. 234) cualquier economía para ser sostenible debe ceñirse a los límites ecológicos, límites que deben incorporarse a los principios organizativos y laborales de esa misma economía. Para ello conviene identificar y valorar los servicios que nos proporcionan los ecosistemas; introducir nuevos conceptos que nos permitan reverdecer la contabilidad macroeconómica (así, el coste del agotamiento y reposición de los recursos naturales, costes externos de la contaminación, etc.); la identificación, en suma, de una función de producción con límites ecológicos. Estos elementos constituyen factores clave del modelo sostenible de Jackson.

En una dirección semejante, si bien desde una óptica más biofísica, se manifiesta en uno de sus últimos trabajos J.M. Naredo. Indica que el decrecimiento de los agregados monetarios suele moderar, pero no evitar el deterioro del medio natural que ocasiona el proceso económico. A juicio de Naredo, sólo la reconversión del proceso puede evitarlo en la medida en que -siguiendo el ejemplo de la biosfera- apoye sus flujos físicos en fuentes renovables y cierre los ciclos de materiales obtenidos de la corteza terrestre, reconvirtiendo los residuos en recursos, o inertizarlos y reinsertarlos en el entorno sin deteriorarlos.

Para Naredo, la reducción del deterioro de la base de recursos y el ambiente planetarios exigiría también el cambio de las reglas de valoración imperante, introduciendo, entre otros, además del coste de extracción, el de reposición de los recursos naturales, cambiar el marco institucional que avala y protege la desigualdad. Al mismo tiempo, promover (y aumentar) el uso de energías renovables y la conversación y reciclaje de materiales, además de desactivar (y reducir) el uso de aquellos no renovables, así como de los afanes administrativos y/o consumitivos extendidos por todo el cuerpo social. Afanes que hacen que hasta los pobres se esfuercen en trabajar para los ricos con el ilusorio empeño de emular sus patrones de vida (Naredo, J.M., 2011:32-34).

Por lo dicho parece que el decrecimiento es inevitable, por lo que debemos intentar que sea social y ambientalmente sostenible. En este sentido, G. Kallis defiende la necesidad de un cambio radical con reformas económicas que marquen los límites a las infraestructuras de transporte, al turismo, a la producción de bienes antiecológicos y, por contra, la promoción de instalaciones de energías renovables, de mejores servicios sociales y espacios públicos y producción agrícola orgánica y local. También propone un decrecimiento “selectivo”, que llegue a la macroeconomía (en la línea que proponía Jackson), que ligue los temas ambientales y de sostenibilidad a los grandes temas de la economía como la inflación, la deuda, las finanzas, los bancos y las monedas (Kallis, 2011).

4.- Desigualdad e insostenibilidad medioambiental

En general se admite que la desigualdad sistémica de ingresos aumenta la ansiedad, deteriora al capital social, expone a las familias de menores rentas a una mayor morbilidad y menor satisfacción vital. Pero, además, favorece el consumo posicional, contribuyendo a un efecto arrastre que aumenta el consumo de recursos en toda la economía (Jackson, 2011:220).

Henry Wallich, exgobernador de la Reserva Federal Americana y profesor de la Universidad de Yale, dijo hace unos cuantos años que “el crecimiento es un sustituto de la igualdad de renta. Mientras haya crecimiento hay esperanza y es tolerable las diferencias de renta” (Zerogrowth, Nesweek, 24 de enero de 1972). Pero esa relación es bidireccional. No se trata sólo de que el crecimiento sea un sustituto de la igualdad, sino que ésta hace menos necesario el crecimiento económico (Wilkinson, R. y Pickett, K., 2009).

En efecto, en un contexto no igualitarista la adaptación al crecimiento es tal que se pierde la percepción de la mejora obtenida si ésta no va asociada a una elevación del estatus. La explicación es que el bienestar o satisfacción se valoran por comparación con los vecinos: si todos crecen, es como

si ninguno creciera. A este bienestar percibido se le puede aplicar los términos de “consumo de posición” (Scitovsky, 1976) o de “bien posicional” (Hirsch).

Scitovsky, al poner el acento en las propiedades relacionales de los artículos, afirma que la competencia por los signos de estatus erosiona el sentido de racionalidad funcional y acelera la obsolescencia de las cosas. Antes de que el automóvil haya agotado su utilidad ya se ha vuelto obsoleto o anticuado a los ojos de su propietario a causa del clima imperante de competición suntuaria.

Hirsch destacó otros límites sociales al crecimiento, los que surgen de ciertas satisfacciones -que califica de “posicionales”- se deterioran al ponerse al alcance de un elevado número de consumidores o usuarios -como las casas en parajes naturales agrestes, que cuando son accesibles a muchos pierden las cualidades que las hacían valiosas, etc.- En este proceso, según Hirsch, se ponen de manifiesto los factores interactivos que generan la frustración y que al mismo tiempo exacerbaban la dinámica del crecimiento (Sempere, J., 2009:85-88).

En la misma dirección, el sociólogo Bourdieu observa que en las sociedades desiguales el acceso de los más pobres -que imitan a los ricos para ser ilusoriamente como ellos- a niveles superiores de consumo provoca una tensión sobre lo que Bourdieu (1979) llama “separación estructural”, que impulsa a los de arriba a imprimir a su consumo una elevación tanto cuantitativa como cualitativa a fin de mantener su distancia. Así, cuando el cuarto de baño por vivienda se generaliza, los ricos pasarán al cuarto de baño por habitación, etc.

Por tanto, la competencia relacional por el estatus es uno de los mecanismos impulsores del consumo y opera de tal forma que, si no mejoramos nuestro nivel de vida, tenemos la sensación que nos quedamos atrás. Y, claro, el nivel de vida es algo relativo que depende de las comparaciones con los demás. O sea, a un correr sin fin tras el estatus.

Recientemente, y en el mismo sentido, Robert Frank (2007), de la Universidad Cornell, sostiene que el aumento de los ingresos de la minoría más acaudalada provoca unas “cascadas de consumo” (Krugman dixit, 2012) que acaban reduciendo los ahorros e incrementando las deudas. El mecanismo funciona de la forma siguiente: “los ricos han estado gastando más por la sencilla razón de que les sobra mucho más dinero. Su gasto cambia el marco de referencia de determinar la demanda de quienes están justo por debajo de ellos, que se mueven en círculos sociales que se solapan. Por tanto, este segundo grupo también gasta más, lo cual altera la situación del marco de referencia para el grupo inmediatamente inferior. El proceso se reproduce a toda la escala hasta llegar al sector con menos ingresos. Estas cascadas han encarecido sustancialmente los objetivos financieros básicos de las familias de clase media” (cita de Krugman a Frank sin precisar. Ver Krugman, 2012:96).

Dicho de otra manera, comparados con los ricos, el resto parecemos inferiores, y cuanto mayores son las diferencias más importancia cobran. Por ello, a medida que la desigualdad acentúa la competencia por el estatus, más nos esforzamos por mantenernos a la altura. Como todo anunciante sabe, las compras de lo más pudientes sirven para diferenciarlos del resto de la población.

Frank, observando los cambios ocurridos en el periodo de diez años (entre 1998 y 2007), encontró que la bancarrota fue más notoria en la mayoría de las zonas de Estados Unidos donde había aumentado la desigualdad, lo cual hacía más difícil a las personas mantener su calidad de vida en relación a los demás. Ello supuso que la presión sobre el consumo llevó a la gente a ahorrar menos y a endeudarse hasta tal punto que la expansión consumista se convirtió en una de las fuerzas impulsoras del largo boom económico y de especulación financiera que desembocó en la crisis (Wilkinson y Pickett, 2009:248).

La desigualdad parece el elemento clave en la intensificación del consumo a través de la competencia por el estatus, el deseo de imitación o simplemente por afán de mantenerse a la altura de los demás. Ello supone incrementar la utilización de materiales y energía, incidiendo en la mayor insostenibilidad de los ecosistemas constatados en el punto dos de este escrito.

5.- Desigualdad y crisis económica

¿Es la desigualdad la causa de la crisis económica actual? Krugman cree que los niveles de información estadística no nos permiten contestar afirmativamente, si bien no lo descarta del todo. Otros economistas como B. Funnell, Milanovic, etc., creen que la desigualdad ha jugado un papel central en la crisis.

En efecto, la desregulación del sistema financiero ha posibilitado que los ricos sean más ricos y los demás no. Así, en términos de renta ajustada por la inflación, el 25% mejor pagado de los estadounidenses había aumentado dicha renta un 60% desde 1970 al año 2003, mientras que la mayoría del 75% restante había caído más de un 10%. La familia Warton, prosigue Ben Funnell (2009), dueña de Wal-Mart, es más rica que el tercio más bajo de la población norteamericana junta, o sea, que 100 millones de personas.

En la misma línea se muestra Milanovic: aproximadamente la mitad de todo el aumento real de ingresos entre 1976 y 2006 ha sido acumulada por el 5% de los hogares más ricos (Milanovic, 2012:214). Joseph Stiglitz recientemente ha apuntado que durante la recuperación de 2009 y 2010 el 1% de los estadounidenses con mayores ingresos se quedó con el 93% del aumento de la renta (Stiglitz, J., artículo "El precio de la desigualdad", El País-Negocios, 17 de junio de 2012).

Por otro lado, según Milanovic, este aumento de la riqueza en la cúspide de la distribución de rentas se combinó con la ausencia de crecimiento económico real de quienes estaban en la mitad de esa

pirámide de distribución. De hecho, en Estados Unidos el salario medio real lleva estancado cuarenta y cinco años, a pesar de que el PIB per cápita prácticamente se haya duplicado.

Pronto el estancamiento de los ingresos de la clase media norteamericana se convirtió en un problema político recurrente tanto para los republicanos como para los demócratas. Una forma de conseguir que pareciera que la clase media estaba ganando más de lo que ganaba era aumentar su poder adquisitivo mediante créditos más amplios y accesibles, lo que provocó un endeudamiento enorme. Así, la deuda de los hogares aumentó de un 48% del PIB, a comienzos de los ochenta, hasta el 100% del PIB en 2007. O sea, de repente también los ciudadanos de clase media se sintieron trinfuadores y ello incrementó el consumo de forma importante.

¿Cómo sucedió todo este proceso? Después del estallido de la burbuja de la Nueva Economía en Estados Unidos a principios de la década del 2000, Greenspan pensó en que podía realizar algo muy parecido generando nuevas burbujas en otros tantos sectores de la economía sensibles al tipo de interés bajo, en concreto la vivienda, acompañada con una política de promover la propiedad de la vivienda con la ayuda de los bancos y el soporte de las agencias patrocinadas por el gobierno (Bono, E. 2009).

Greenspan articuló esta respuesta recurriendo al mercado de valores y su efecto riqueza para estimular la demanda.

De hecho, este planteamiento ya lo ensayó en la segunda mitad de la década de los noventa en relación a la Nueva Economía, y extendiéndolo ahora a la revaloración del activo “vivienda”. Esta estrategia se ha dado en denominar “keynesianismo bursátil” o “keynesianismo de precios activos”. Consiste en lo siguiente: Así como el keynesianismo tradicional subvencionaba la demanda mediante el déficit público, que gastaba más que recaudaba en impuestos, en cambio, en la versión de Greenspan hace aumentar la demanda mediante el déficit privado de las empresas y hogares que gastan más que lo que ganan, animados a hacerlo por el aumento de riqueza que supone la revalorización de los diversos activos (acciones y viviendas) (Bono, E., 2009:225).

Por otro lado, como la riqueza residencial está mucho más uniformemente distribuida entre la población estadounidense que la propiedad de las acciones, el efecto riqueza (o disminución) del precio de la vivienda es mucho mayor que el de las cotizaciones bursátiles. Según estimaciones del gobierno, el consumo aumenta entre 7 y 8 dólares por cada 100 dólares de incremento de la riqueza en forma de propiedad residencial, mientras sólo aumenta entre 3 y 4 dólares por cada 100 dólares de aumento de riqueza en forma de acciones. Entre 2000 y 2005 el precio de la vivienda subió un extraordinario 51%, y la riqueza de los hogares en forma de propiedad residencial más del 69%. El consumo personal y la inversión residencial pudieron así crecer a tasas anuales medias del 2,9% y el 6,0% respectivamente, y juntos representaron el 98% de aumento del PIB durante los cinco primeros años del ciclo económico, iniciado en marzo del 2001 (Brenner, 2009:60-62).

El efecto riqueza en España, en recientes estudios, muestran que un incremento de las revalorizaciones patrimoniales de 1 euro se salda con un aumento del consumo medio de dos céntimos de euro. Ello explicaría el aumento de la variación total en el consumo de las familias de un 23% y un 28% para el año 1999 y 2000, respectivamente. En términos absolutos, sería de 1 billón y 1,2 billones de pesetas al año (Carpintero, O., 2005:521).

6.- Consideraciones finales: economía social y solidaria

Las desigualdades generan comportamientos a través de la competencia por el estatus, grandes consumidores de recursos naturales, contribuyendo de forma importante a incrementar la insostenibilidad del sistema de producción-consumo del modelo vigente. Según Milanovic, en una sociedad más igualitaria la estructura del consumo habría sido diferente: se gastaría más dinero en comida casera que en restaurantes chic, más en vacaciones en lugares cercanos que en viajes a playas exóticas, más en ropa de utilidad que en moda de diseño.

Si durante el último medio siglo el limitado desarrollo humano florecía a través del éxito material que impulsaba la economía, ahora aquel proceso resulta completamente insostenible tanto en términos ecológicos como sociales, socavando las condiciones materiales de aquel proceso. Se impone redimensionar la visión materialista de la prosperidad.

La idea de una economía cuya función sea la de proporcionar las capacidades necesarias para el desarrollo humano dentro de límites ecológicos nos brinda la imagen más creíble para sustituir a la economía actual. Para ello se deben introducir cambios, según Jackson (op. cit.) que favorezcan los comportamientos sociales y reduzcan los incentivos estructurales a la improductiva competencia por el estatus. Precisamente, las políticas redistributivas que aumenten la igualdad constituyen un importante desincentivo en la lucha encarnizada por el estatus. Amén, claro está, del efecto benéfico que la igualdad genera en la estabilidad social.

En esta misma dirección la economía social y solidaria como forma de producción y organización se aviene mejor con los valores humanos de solidaridad e igualdad y de respeto a los límites ecológicos. La cooperativa es la forma organizativa que adopta este tipo de empresa, entendiendo por tal una asociación de personas que se han unido de manera voluntaria para satisfacer sus necesidades y aspiraciones económicas, sociales y culturales en común mediante una empresa de propiedad conjunta y de gestión democrática (definición de la ACI, Alianza de Cooperativa Internacional).

Este movimiento de cooperativas y empresas solidarias se viene desarrollando desde el siglo XIX, culminando en el congreso de la ACI de Manchester en 1995. Después de un largo proceso de consultas, que implicó a miles de cooperativistas de todo el mundo, se aprobó la Declaración sobre la Identidad Cooperativa. Esta Declaración, de una parte, concreta aquellos valores que la Alianza considera específicos de las cooperativas, como son la autoayuda y la ayuda mutua, la autorresponsabilidad, la democracia, la igualdad, la equidad y la solidaridad. De la otra, las cooperativas practican algunos valores que comparten, en teoría, con otras empresas, como son la honestidad, la transparencia, la responsabilidad social y la preocupación por los demás.

Todos estos valores básicos se plasmaron en los siete principios cooperativos que fueron aprobados en el congreso de 1995. Solo haremos hincapié en el séptimo principio, por el que las cooperativas se comprometen a promover el desarrollo de sus comunidades, un desarrollo económico y social que preserve la sostenibilidad medioambiental.

Como ha destacado Jordi García Jané, esta cultura cooperativa conecta bastante bien con muchos de los valores difundidos por los nuevos movimientos sociales emancipadores (el ecologismo, el antimilitarismo, el feminismo) y también por los novísimos (la solidaridad internacional, el antirracismo....) valores como la preocupación por el medio ambiente, la feminización de la gestión, el fomento de la diversidad, la necesidad de debate y decidir por consenso tanto como sea posible.

La economía social y solidaria abarca todos los sectores de actividad: agricultura, crédito y ahorro, industria, pesca, vivienda, servicios, etc. La Alianza Cooperativa Internacional (ACI) es una organización no gubernamental integrada por más de 230 organizaciones cooperativas ubicadas en un centenar largo de países y forma parte del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas.

El crecimiento de estas organizaciones de economía social y solidaria ha sido considerable. En el año 2007 el 13% de la población mundial, unos 800 millones de personas, era socia de alguna cooperativa, mientras que tres décadas antes, el año 1975, la población cooperativista era de tan solo 326 millones de personas, un 8% de la población mundial. En estos años, el número de socios había aumentado considerablemente en todos los continentes (García Jané, J., 2009).

En esta misma línea de la economía social y solidaria, reforzándola y complementándola, se están produciendo cambios en los comportamientos sociales a través de los inversores en bienes públicos que generan nuevos mecanismos para la prosperidad colectiva.

Así, las nuevas experiencias que emergen, como la asociación creada en el verano de 2011 para el fomento del bien común que, sin un plan maestro, incide en diversos campos de actividad: consultores, auditores, conferenciantes y muchos otros. Un año después habían surgido en Alemania, Austria, Italia, Liechtenstein y España más de veinte grupos regionales de apoyo.

Se trata, según Felber, uno de sus creadores, de corregir el desastroso programa cultural que fomenta valores en la economía contrarios a los que rigen en la sociedad. Para ello habría que redimensionar las insuficientes guías éticas -búsqueda de beneficio y competencia- del marco de incentivos legítimos y añadir las guías que sirven a la mayoría: confianza, cooperación, solidaridad y voluntad de compartir (Felber, Ch., 2012:47).

En esta dirección, el beneficio sólo es un medio para fines claramente definidos: aumentar el bien común ¿y cómo es este bien común? ¿cómo se mide? El balance del bien común mide cómo los puntos centrales consensuados que lo componen son experimentados por las empresas. Cinco puntos se miden en el balance: dignidad humana, solidaridad, justicia, sostenibilidad medioambiental y democracia.

También el balance del bien común mide cómo los grupos de afectados de la empresa sirven esos valores básicos. Este balance crea la matriz del bien común, que abarca en el eje horizontal los cinco valores fundamentales, y en el vertical los diferentes grupos de afectados. De sus intersecciones aparecen actualmente dieciocho indicadores del bien común. Por ejemplo, cómo de útiles son los productos/servicios, cómo ecológicamente se producen, etc. (Felber, Ch., 2012:54).

Este cambio de valores que emerge de la economía del bien común, insistimos, corre paralelo e incidirá sobre muchos aspectos de la economía social. Esta interacción generará un mayor impulso de la economía social y solidaria, del cooperativismo, de la democracia industrial y de toda forma democrática de organizar la vida empresarial. También, este tipo de economía inspirada en los valores humanos de solidaridad e igualdad será más propicia a respetar los límites ecológicos y a las necesarias transformaciones económico-sociales que deberán afrontar las sociedades futuras postfósiles y, seguramente, postcrecimiento ¿Decrecimiento sostenible?

Por último, una reflexión filosófica pertinente de la mano de Reyes Mate que nos ha impactado, tanto por lo que dice como por lo que supone en su evolución intelectual. Parte de que los recursos son limitados, al igual que el tiempo del hombre y del Mundo. Fin del sueño gnóstico (siempre hay tiempo) y caída en el realismo apocalíptico (todo tiene un plazo). Por ello tenemos que pensar modos de convivencia basados en la finitud y eso se traduce en vivir con menos.

Aquella finitud nos obliga a hablar de “empobrecimiento”, que no consiste en socializar la miseria sino en acomodar nuestra existencia a unos recursos limitados. De ahí la necesidad de algo así como la justicia. Se impone unas líneas rojas en la apropiación o consumo de bienes escasos. La línea roja de bajura sería lo indispensable para la vida digna y la línea roja de altura, aquello cuyo exceso provocaría la vida indigna. En medio quedaría un espacio vital que premiaría el esfuerzo pero exigiría la solidaridad (Reyes, M. 2012, pág. 9). Todo un programa de realismo apocalíptico que se adecúa a todo lo dicho en este trabajo.

Bibliografía

- BÁRCENA HINOJAL, I. (2011): “¿Decrecimiento? ¡Sí, gracias! 6 tesis a favor del decrecimiento sostenible”, *Rev. Viento Sur*, 118.
- BONO, E. (2009): “Efecto riqueza de la especulación, crisis económica y límites de las políticas ambientales”. *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 66, 213-231.
- BOURDIEU, P. (1979): *La distinction*, Ed. De Mimit. Traducción al castellano en E. Taurus.
- BRENNER, R. (2009): *La economía de la turbulencia global*, Ed. Akal. En inglés se publicó en 2006. La versión castellana contiene una introducción de puesta al día del año 2009.
- BOYCE, D.C., LEWIS, M.R. & WORM, B. (2010): “Global phytoplankton decline over the post century”. *Nature*, nº 466.
- CARPINTERO, O. (2005): *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica*, Ed. César Manrique.
- FELBER, Ch. (2012): *La economía del bien común*, Ed. Deusto.
- FOLCH, R. (2011): *La quimera del crecimiento. La sostenibilidad en la era postindustrial*, Ed. RBA.
- FRANK, R.H. (2007): *Falling Behind: How rising inequality laws the middle class*, Berkley CA University of California Press.
- FUNNEL, B. (2009): “Debt is capitalism dirty secret”, *Financial Times*, 30 de junio.
- GARCÍA, E. (2010): “Notes sobre la relació entre el decreixement. L'estat estacionari y la condició humana”. En: I. Antuñano, J.M. Jordán y J.A. Tomas (Eds.), *Crisis y Transformación. Ensayos en homenaje a Emerit Bono*, Publicaciones Universitat de València, p. 140.
- GARCÍA JANÉ, J. (2009): “La cooperativa de trabajo, una aproximación a la empresa democrática y social”. En Comín, A., Oliveras, A. y Galvasoni Vila, L. (Coords): *Democracia económica. Hacia una alternativa al capitalismo*, Ed. Icaria, 247-257.
- GARCÍA JANÉ, J. (2009): “Cooperativas de todo tipo y en todas partes”. En Comín, A., Oliveras, A. y Galvasoni Vila, L. (Coords): *Democracia económica. Hacia una alternativa al capitalismo*, Ed. Icaria, 250-253.
- HIRSCH, F. (1976): *Social limits to Growth*, Rontledge and Kegan, London. Traducción castellana FCE.
- JACKSON, T. (2011): *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*. En inglés 2009.
- KALLIS, G. (2011): “In defense of degrowth”, *Environmental economics*, 70.

- KRUGMAN, P. (2012): *End this depression now!*, Melrose Road Partnews, Edición castellana en E. Crítica.
- LAPORTA, F. (2009): "La ingravidez de la Ley", *Diario El País*, marzo.
- LATOUCHE, S. (2012): *Salir de la sociedad de consumo*, Ed. Octaedro, En francés 2010.
- MATE, M.R. (2012): "La despolitización de la política", *Revista El Ciervo*, 734.
- MEADOWS, D., RANDERS, J. & MEADOWS, D. (2006): *Los límites del crecimiento 30 años después*, Ed. Galaxia Gutenberg.
- MILANOVIC, B. (2011): *The haves and the have-nots. A brief and idiosyncratic historic of inequality around the globe*. Traducción castellana de Alianza Editorial 2012.
- NAREDO, J.M. (2011): "Reflexiones sobre la bandera del decrecimiento", *Rev. Viento Sur*, 118.
- REID, W.V. *et al.* (2005): "Evolución de los ecosistemas del milenio". Informe sintético. <http://www.millenniumassessment.org>
- RIECHMANN, J. (2012): *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Ed. Catarata.
- RUNNING, S. & ZHOU, M. (2010): "Drought-induced reduction in global terrestrial net primary production from through 2009", *Science*, 329.
- SACHS, J. (2012): *El precio de la civilización*, Ed. Galaxia Gutenberg.
- SCITOVSKY, F. (1976): *The joyless economy. An inquiry into human satisfaction and consumer dissatisfaction*, Oxford University. Traducción castellano FCE.
- SEMPERE, J. (2009): *Mejor con menos*, Ed. Crítica.
- TURIEL, A. (2012): "El declive energético", *Rev. Mientras tanto*, 117.
- VALERO, A. & VALERO, A. (2011): "Recursos naturales, energía y economía". En Curso límites del crecimiento: recursos energéticos y materiales, Universidad de Valladolid.